



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 11 DE OCTUBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Quino

MAFALDA POR AQUÍ,
Y MAFALDA POR ALLÁ
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Creo que no volveré a ser la misma, ahora que ha muerto mi padre. Cuando se trataba de astucia contra el mundo adulto y de la política, me daba todo lo que le pedía, así fuera alguna frase caprichosa. Pero cuando en el país hubo rebeldía armada, no me dio nada. No es reclamo, no era algo en lo que yo quisiera contar él, no le iba a exigir que pusiera en riesgo su vida. Primero era mi padre. Pero definitivamente, yo tenía cosas que decir.

La herida honda que mi padre me dejó marcada para siempre ocurrió precisamente en esos tiempos, cuando hubo gente que le arrancaba la vida a los periodistas. Pero, por otro lado, su abandono tuvo un lado positivo: el silencio me hizo crecer. Mi padre tuvo otros hijos y mi madre estuvo de acuerdo en ello. No tuvo que formar otra familia. Mi padre vivió su vida sin problemas. Y yo crecí, por mi propia cuenta, en la imaginación del público, con cartonistas que imitaron a mi padre, con memes locuaces en tiempos más recientes. Y yo: descansando. Supongo que tuve la vida a la que todo adulto aspira: recibir un sueldo, sin tener que trabajar.

Mis padres se conocieron en algún lado que desconozco. Por alguna razón, mi madre nunca hablaba sobre ello. Y aunque yo no fui la primera criatura en la familia; sí fui, la más famosa; con todo y que fui hija sandwich. Fui concebida como resultado de algún interés económico familiar. Pero no soy tan interesada en lo material, no como Manolito. Creo que él, de grande, será financiero o contador.

Definitivamente fui hija deseada. No me duele haberlo sido: para ser intercambiada en un contrato. Me imagino que es: un poco como se hacían los acuerdos matrimoniales de los reyes en la antigüedad. Y no deja de sorprenderme la habilidad que tuvo mi padre para rescatarme cuando nadie me quiso. Al principio, no era muy guapa; no tan carismática como ahora. Y a pesar de eso, algo me convence del amor que me tuvo mi padre: Me sacó del baúl: me creó un universo y me hizo hablar: me presumió en su propio mundo, aunque su maquinación de intercambio comercial no hubiera funcionado.

No todos sus hijos llegamos a convivir. No es que hubiera pleito entre nosotros, es que mi padre andaba de proyecto en proyecto regándonos aquí y allá, con el paso de los años. ¿Qué sentimientos despiertan en mí esos hermanos con los que no conviví? Nada. Debo reconocer que, en parte, debe ser porque me sé: la hija más famosa. Mi único deseo es no herir sus emociones con mi aparente indiferencia, con mi silencio. Ya vendrá alguien que, en algún meme, nos reúna. Pero sí, de vez en cuando, me siento como si fuera la única hija de mi padre. No soy malvada. Sé que todos los hermanos quedamos dentro de la legalidad paterna. A mi padre no le han salido hijos de la nada. ¿Habrá alguno que quiera, así, saltar a la fama?

Yo no volveré a ser la misma, ahora que mi padre ha muerto. Si hay algún candidato para transformarse, a partir de



ahora, soy yo. Es un destino que definitivamente no podré controlar. Estaré en las redes sociales, en las presentes y en las futuras, alimentada por creaciones populares que dirán: Mafalda por aquí, y Mafalda por allá.

MAFALDA Y LA HORMIGUITA

OLGA DE LEÓN G.

- ¿Recuerdas el día en que nos conocimos?, Mafaldita.

- Sí, cómo olvidarlo, si casi me apachurra con una de sus enormes patas tu amigo, el elefante azul. Que de no ser porque como tú viajabas sobre una de sus orejas bien asida con todas tus patitas, me viste a la distancia y con un grito de: ¡Cuidado!, amigo elefantito, detente.

- Sí, y él de inmediato se detuvo. Y cuando al inclinarse te vio, quedé prendado de tu bella estampa: tan serena y tan segura de ti misma, con tus cabellos alborotados, ojos muy vivarachos y atuendo de colegiala con zapatitos de charol negro y calcetas con doblez y tira bordada en la orilla.

- Aunque me cohibí un poco, pues no dejaba de mirarme, sin decir absolutamente nada. Entonces, tú saltaste de la oreja a la tierra quedando junto a mis pies, al tiempo que decías y repetías: - ¡perdón, perdón, amiga mía!

- ¡Claro que yo no sabía quién eras, y nunca antes había escuchado la voz de un ser tan pequeño como una hormiguita.

- Yo no entendía qué hacías allí, en medio del camino, sentada sobre una roca.

- Estaba tomándome un respiro, hormiguita. Quino me había dejado ir a la Asamblea de todos los animales del Bosque, a la que ustedes también se dirigían, pero me advertió que él no asistiría, me dijo que estaba muy lejos. Pero en lugar de desanimarme, eso me impulsó a ir. Tú sabes que los retos me gustan, y la libertad me enamora.

- ¡Bendita casualidad!, me dije en cambio yo -para mis adentros- (recuerda, solo para ella misma, la hormiguita).

- Yo sí te conocía. ¡Quién no conoce a Mafalda!, la de Quino. Me leía todas las

ocurrencias de tu gran creador, puestas en tu voz de niña y la de tus amiguitos. Siempre me gustó, me gusta y me ilustra, leerte. ¡Eres maravillosa!, Mafalda. El mundo siempre será mejor gracias a tu existencia y la voz que te regaló Quino. Amén de la inteligencia e ironía que de él heredaste.

Mafalda se sonroja, y su rostro se vuelve una granada sin cáscara. Y, como para disminuir el halago y que no se le subieran vanas ideas a su cabeza, contesta:

- Contigo también hormiguita, pues aunque sean menos los que te conocen:

¡Eres única e increíble! Tan pronto andas en Egipto escalando una pirámide, o probando los siglos de vida de algún sarcófago, o en medio del Desierto en algún oasis verde, como en una Convención por la paz o los Derechos humanos, o estás luchando por tu vida y la de tus hermanas, bajo una fuerte tormenta.

¿Qué fue de aquella otra gran Convención, a la que me invitaste hace algunos años?, y a la que no pude asistir, ya que en Argentina reclamaban mi presencia en ese momento crucial... ¿Se lograron acuerdos sensatos, justos y democráticos para la paz y convivencia entre los grupos opuestos y divergentes?

- ¡Qué va!, Mafaldita; antes bien, por poco nos linchan al elefantito, la jirafa, el búho, la lechuga y otros amigos más, junto conmigo, que estábamos en el Presidium...

- Los hombres adultos suelen ser de lo peor, hormiguita, especialmente los varones: cuanto más parecen crecer, más estúpidos los vuelve la ambición, cáncer de la edad adulta.

- Sí, amiga lo he visto suceder tal: Acaban lo más pronto que pueden con lo mejor de ellos mismos, la infancia. Y creo que tienes razón en tu sospecha: es esa sopita con la que los alimentan de niños que crecen pronto y pronto se vuelven envidiosos y malvados.

- Creo que hiciste bien en evitar, siempre que pudiste, comer la mentada sopita: llevaba veneno: quita la ingenuidad de

los corazones de los niños y en su lugar deja un corazón de hierro... ¿para qué quieren los niños un corazón tal?

- Si por cada uno de sus cabellos - hombres y mujeres- tuviesen un buen sentimiento y una genial idea, no se desearían peinarse nunca, no sea que se les cayeran... y entonces, en cabeza tan hueca de ideas, para qué sirven los peines... Digo, solo digo Mafaldita.

- ¡Ándale, hormiguita, ves que eres maravillosa! Tú también debes venir de buena estirpe, amiga... ¿Por el lado materno o por el paterno?, heredaste lo de las ocurrencias, hormiguita.

- Creo que un poco de cada parte...

- ¿Será? A mí me gusta para que lo tuyo venga de tu madre.

- Mira, por ejemplo, lo de la sopita es un asunto de Libre albedrío... Pero, yo me pregunto, para qué Dios inventó ese concepto, si los hombres ni saben usarlo y cuando lo usan se vuelven más esclavos que antes de las creencias en los fetichismos y otras arañas, como la de "Dale un peso al pobre... Y, Dios te regresará dos" A mí, por ejemplo, ya me debe muchos pesos. O, ¿me habré equivocado de pobre al dar cada peso?

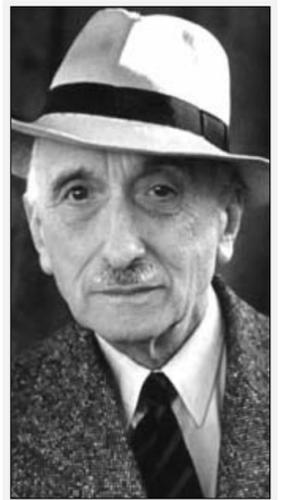
- Puede ser, amiga, con eso de que: "el hábito no hace al monje...", a lo mejor te equivocaste de pobre...

- Por hoy, aquí dejaremos nuestra charla, Mafaldita, pues tengo que ir al mercado y se me olvidaron mis bolsas biodegradables, y el paraguas por si llueve.

- Ya me acordé de algo importante, sobre nuestro primer encuentro, hormiguita, cuando fui a aquella Asamblea donde tú llegaste con el elefantito azul, y en donde nos conocimos al estar descansando sentada sobre una roca en medio del camino: ese fue el único día en el que a pesar de estar rodeada de auténticos animales, en ningún momento me sentí como Noe en su arca.

- ¡Eres mi inspiración!, Mafalda amiga; cuánto te amo y amaré por siempre.

Quino sí supo lo que hizo al dejarte entre nosotros.



Francois Mauriac

(Burdeos, 1885 - París, 1970) Escritor francés que abordó en sus obras, de raigambre católica, el tema del hombre sin Dios. Huérfano de padre, se educó en el clima de fervor católico propiciado por su madre. Licenciado en letras en París, en 1907, sus comienzos fueron clásicos: dos volúmenes de versos intimistas, Les Mains jointes (1909) y L'Adieu à l'adolescence (1911).

Al terminar la Primera Guerra Mundial, en la que participó como conductor de ambulancias, prosiguió su carrera en el periódico mundano Le Gaulois. En París, en 1918, conoció a Marcel Proust, a quien dedicó Proust (1926) y Du côté de chez Proust (1947). Después de diez años de intentos, el triunfo de su novela El beso al leproso (1922), un estudio del daño causado por el anhelo de amor, lo consagró por fin. La audacia del tema (un "malentendido físico" entre esposos) lo indisputo con la crítica católica.

Pero el éxito de Mauriac se debió precisamente a la fuerza de los tipos que inmortalizó: madres austeras y posesivas, esposos desunidos, adolescentes en conflicto. En 1923 publicó Genitrix, al año siguiente El mal y en 1925 El desierto del amor. En 1927 obtuvo un gran éxito con Thérèse Desqueyroux, lo cual lo impulsó a desarrollar un ciclo que comprendió las novelas Lo que estaba perdido (1930) y La Fin de la nuit (1935), así como las obras breves Thérèse chez le docteur (1932) y Thérèse à l'hôtel (1933).

En 1928, año en que publicó la novela Destins, Mauriac atravesó una crisis religiosa que marcó un momento esencial de su vida. En este período apareció Souffrances du chrétien (1928), luego Bonheur du chrétien (1929), ensayos que mostraban los desgarramientos y luego la reconciliación de un alma perturbada por el deseo. Superada la grave crisis moral, intentó confrontar sus novelas con las exigencias del cristianismo.

En 1932 apareció Nudo de víboras, novela en la que fustigaba el conformismo del medio burgués del que había salido. Paralelamente a su obra novelística, cultivó el género autobiográfico con memorias reales, como Commencements d'une vie (1932), o imaginarias, como Le Mystère Fronterac (1933), al mismo tiempo que proseguía su obra de ensayista con Blaise Pascal et sa soeur Jacqueline (1931) y Le Romancier et ses personnages (1933). En 1933 fue elegido miembro de la Academia Francesa.

Durante la Segunda Guerra Mundial participó en la Resistencia y proclamó la caridad hacia los condenados de la depuración. Gaullista inicialmente, combatió a Charles De Gaulle cuando lo juzgó infiel a su vocación cristiana. En 1952, el premio Nobel marcó el apogeo de su carrera literaria. Ese mismo año publicó el comienzo de Bloc-Notes, un testimonio en forma de crónica.

ad pédem literae

Hay verdades que uno sólo puede decir después de haberse ganado el derecho a decirlas.

Jean Cocteau

Letras de buen humor

Los hombres de Estado son como los cirujanos: sus errores son mortales.

François Mauriac

En medio de la sinrazón, del desdén a las ciencias y las artes, de la imposibilidad del diálogo, el anuncio de los recientes Premios Nobel descubre las cortinas del horizonte porque celebran la hazaña humana en el conocimiento y en las posibilidades de la expresión artística. Gracias al Premio Nobel de Literatura podemos leer otras tradiciones, reconocernos en su universalidad, conmovemos con los temas profundos que nos atañen y afirmar con alivio que todo ello es más abarcador, más vasto que la inmediatez política y la división como una forma de gobernar en algunos países.

Mientras el presidente Trump se ríe de la amenaza mortal del Covid-19 abandonando el hospital antes de tiempo, desdénando el cubrebocas y sintiéndose un superhéroe, su connacional Louise Glück, poeta nacida en 1943 en Nueva York que actualmente vive en Cambridge, Massachusetts, es elegida como el Premio Nobel de Literatura en el 2020. No es un año cualquiera y su poesía, que tiene que ver con la vida y la muerte, con la oscuridad y los mitos, con las relaciones familiares, la infancia, con envejecer y habitar un cuerpo mermado en sus capacidades y un cerebro que puede complicarse en su pesca de palabras, es celebrada por su austera intimi-

Mónica Lavín

Con el Premio Nobel de Literatura ganamos todos

dad. Yo no la conocía, pero mis amigas poetas sí, como lo supe cuando el chat que tenemos un grupo de escritoras se llenó de la poesía de la galardonada: poemas en español, poemas en inglés. Sin vernos, sin siquiera oír nuestras voces, celebrábamos —desde distintas trincheras, las que ya la habían leído y reconocido su altura y las que descubríamos una mirada y una manera de nombrar— a la poeta premiada. Es cierto que también nos produjo regocijo el que fuese mujer, es cierto también que esa decisión balanceaba la ostentación de la ignorancia de una parte del país vecino. Dice la poeta que la noticia la tomó por sorpresa, no imaginaba que siendo blanca y estadounidense pudiera ser candidata. Me doy cuenta que descubrir un escritor, como un músico, como un artista plástico, es de alguna manera ser otra vez Cristóbal Colón atisbando una isla de América, o el capitán Scott llegando al Polo Sur, o Magallanes cruzan-

do del Atlántico al Pacífico, o Hernán Cortés pasando entre el Popocatepetl y el Iztaccihuatl, o Armstrong pisando la Luna. De la mano de un escritor se descubre una región inexplorada, se estrenan asombros, se revelan sensaciones. Las palabras muestran su capacidad topográfica, su aroma y su fuerza, a veces transformadas en otras por sus impensables alianzas, para taladrar la epidermis. Enfrentamos el espejo, el alcance del telescopio, la fineza del microscopio: esa cualidad óptica de la palabra escrita. Dan ganas de gritar "tierra a la vista", porque estamos ante la posibilidad de aventurarnos, disponernos a los riesgos y a salir vivificados en la zozobra de nuestra condición mortal.

El efecto de un premio Nobel que no había sido leído más que en su lengua lo lleva a cualquier rincón del mundo; a sonar en japonés, en checo o en español. Esta vez la poeta multipremiada ha sido traducida con anterioridad al español,



como nos lo hace saber Myriam Moscona, que conoce a Mirta Rosenberg, una de sus traductoras, en esa tertulia virtual donde los intercambios alrededor de la lectura y la escritura siempre refrescan y disuelven diferencias de opiniones, ahora podremos tener toda su obra el alcance, será patrimonio de muchos. Si la poesía tiene pocos lectores el Premio Nobel debe atizar la curiosidad de muchos más. Abona al misterio de la vida y a las preguntas que nos persiguen desde todos los tiempos. Louise Glück es ahora parte de la conversación.